



EL
SECRETO
DEL REY
ALQUIMISTA



ÁLVARO
BERMEJO

Madrid, febrero de 1577. Se cumple una década desde que Felipe II le hizo a la Villa el dudoso regalo de trasladar aquí la vieja Corte de Toledo.

¿Quién diría que esta es la capital de aquel ingente imperio, el mayor que conociera el mundo desde Tamerlán, el primero que circundaba el globo y donde no se ponía el sol?

No os engañéis por la soberbia planta de sus palacios. Venid conmigo. Acompañemos, si os parece, al Diablo Cojuelo en su ascenso hasta la atalaya de San Salvador, cumbre de esta Babilonia española, y descubramos qué se cuece bajo los tejados del pastelón de Madrid.

Veréis a muchos caballeros de horca y cuchillo, hidalgos encaramados a sus gorgueras, adelantados de las Indias, quién sabe si hasta endriagos con porte de cardenales primados.

Pero a la catástrofe de carruajes que soportan tanta grandeza entre carromatos saturados de hortalizas, todos trabucando por costaneras sin empedrado ni alcantarillado, se suma una muchedumbre de gente embozada, desocupada y, sobre todo, hambrienta. Soldados de los Tercios a la caza de un mendrugo, pícaros maestros en el arte del chirle y esas mujerzuelas de las casas de malicia que constituyen las dos terceras partes de la ciudad, compitiendo con las iglesias y los conventos que se alzan en cada esquina.

*La Piedra que llaman Filosofal
Sabía fazer e me la enseñó.
Fazimosla juntos, después solo yo.
Conque muchas vezes creció mi caudal.*

Alfonso X de Castilla, llamado el Sabio.

De El Libro de las estrellas fixas que son en el Ochavo Cielo.

Yo no salgo de necesidad, sino que estoy en la mayor por falta de crédito y no poderme valer de puro dinero, que no se junta tan apriesa como sería menester.

Billete remitido por Felipe II a su secretario, Mateo Vázquez de Leca.

Madrid, 1575.

Madrid, febrero de 1577. Se cumple una década desde que Felipe II le hizo a la Villa el dudoso regalo de trasladar aquí la vieja corte de Toledo. ¿Quién diría que esta es la capital de aquel ingente Imperio, el mayor que conociera el mundo desde Tamerlán, el primero que circundaba el globo y donde no se ponía el sol? No os engaños por la soberbia planta de sus palacios. Venid conmigo. Acompañemos, si os parece, al Diablo Cojuelo en su ascenso hasta la atalaya de San Salvador, cumbre de esta Babilonia española, y descubramos qué se cuece bajo los tejados del pastelón de Madrid. Veréis muchos caballeros de horca y cuchillo, hidalgos encaramados a sus gorgueras, adelantados de las Indias, quién sabe si hasta endriagos con porte de cardenales primados. Pero a la catástrofe de carruajes que soportan tanta grandeza entre carromatos saturados de hortalizas, todos trabucando por costaneras sin empedrado ni alcantarillado, se suma una muchedumbre de gente embozada, desocupada y, sobre todo, hambrienta. Soldados de los Tercios a la caza de un mendrugo, pícaros maestros en el arte del chirle y esas mujerzuelas de las casas de malicia que constituyen las dos terceras partes de la ciudad, compitiendo con las iglesias y los conventos que se alzan en cada esquina.

El de San Antonio Abad ostenta el privilegio de soltar sus piaras de cerdos por las calles de la corte, donde hozan y fornican a su albedrío. Entre tanto, basuras y excrementos se arrojan por las ventanas al grito de «agua va». Los muldares albergan hervideros de ratas y podredumbre. Se liberan en el Paseo del Prado, un arroyo hediondo frecuentado

por palafreneros y lavanderas porque las fuentes apenas tienen caudal. Verdaderamente, a Erasmo le sobraban razones cuando dictó su célebre «non placet Hispania». Un embajador francés dejó escrito que Madrid era «la capital más sucia de Europa». El inglés apuntó: «el Rey Prudente sabe que se acerca a Madrid por la pestilencia». Y el nuncio del papa remató: «toda la bazofia de Europa se ha juntado aquí, sin que haya quedado en Italia, Francia o Alemania, cojo, manco, tullido ni ciego que no haya venido a Castilla». Hasta el corregidor se duele de la lóbreguez nocturna, pues no hay más alumbrado público que los cirios de algún Cristo callejero. Quien sale de noche ha de hacerlo con escolta. Los merodeadores acechan en pasadizos como el de San Ginés, donde son frecuentes los duelos a espada.

Todo este friso semeja una alegoría de quien nos gobierna. Recién cumplidos los cincuenta, el omnipotente monarca de la Casa de Austria, Rey de España y de las Indias, habiéndolo sido de Inglaterra y a punto de serlo también de Portugal, se ha visto forzado a decretar dos brutales bancarrotas. El conflicto del Norte ha cortado la ruta que va de Medina del Campo a Flandes, lo que provocará en Castilla el colapso del comercio lanero, la quiebra de sus pañerías y una recesión sin precedentes agravada por las malas cosechas. Por más oro y plata que llega de América —la flota hoy atracada en Sevilla trae la mayor remesa recibida hasta entonces—, los galeones enrumban los derroteros de Génova y Amberes sin dejar un maravedí en España. Allá les aguardan los banqueros con los que el rey ha firmado sus juros a intereses desorbitados. Los españoles, entretanto, se desangran acuciados por un sinfín de impuestos, a los que se añade el sardónico *Remedio General*, que duplicará el precio del grano.

Con el país en la ruina y el hambre y la miseria convertidos en el credo de los españoles, lo único que crece son las obras de El Escorial, el mayor edificio del orbe, la octava maravilla del mundo. Es en esta parrilla donde se asa tanta

gloria soterrada de quebrantos. Aquel monarca que aseguró preferir perder un reino a ser «rey de herejes» y que al embarcarse rumbo a Inglaterra para casarse con el vejestorio de María Tudor, en 1554, confesó que no partía para unos esponsales sino para una cruzada, acaba de firmar un decreto que prohíbe estudiar en el extranjero. Teme que los bachilleres se contagien de la herejía. En consecuencia, también ha restringido las importaciones de libros. Y por supuesto, las celebraciones del carnaval.

Sin embargo, este Felipe es una contradicción andante. Proscribe los libros sospechosos, pero atesora más de doce mil, entre los que se cuentan muchos perseguidos por el Santo Oficio. Su arquitecto, Juan de Herrera, practica la *Philosophia Occulta* y ha sentado las piedras fundacionales del santuario en puntos y momentos muy precisos, a imagen y semejanza del templo de Salomón. El rey encarga a Tiziano grandes lienzos de pintura sacra, pero le fascinan las tablas de ese pintor de diablos que firma El Bosco. Y es que él mismo se asoma a la alquimia cien veces condenada como *ars diabolica*. Recurre a astrólogos y nigromantes, a la vez que consulta mil y un horóscopos. Aunque ha nacido bajo el signo de Venus viste siempre de negro. Un tratado de magia conocido como *Picatrix* asegura que este color atrae las influencias benéficas de Saturno, el planeta de los melancólicos. Acaso para curarse en salud, junto con sus cuernos de rinoceronte, colecciona reliquias, más de siete mil. Destacan diez cuerpos de santos, un centenar de cabezas, más de trescientos brazos incorruptos, y un puñado de pelos del Cristo y de la Virgen. Pero los vellones que más codicia son los de las damas de buen ver, a las que seduce tocando la vihuela, antes y después de montarlas en sus reservados de El Bosque y El Pardo.

Tal vez por eso él y su cuarta esposa, la bella Anna de Austria, duermen en habitaciones separadas. Desde su adolescencia los romances del rey se cuentan y se cantan hasta en las coplas de ciego que entretienen los mentide-

ros de la Villa. Estando casado con María de Portugal le sembró dos bastardos a la noble Isabel de Osorio, quien ya era conocida como «la puta del rey». Durante su etapa inglesa, más que a su yerma legítima, rondó a su cuñada Isabel, hija de Enrique VIII. Tras desposarse con la de Valois continuó sus devaneos con la princesa de Áscoli, y luego con la de Éboli, ya consumada su boda con la de Austria. Su notoria actividad venérea le deparó una sífilis renuente que explicaría los muchos abortos de sus mujeres. Tanto como su aspecto, envejecido y desdentado. Se le seca la boca, se le seca la vida. A cada poco, necesita humedecer la grieta de sus labios pasándose la lengua por el filo.

Yo también me llevo el índice a la mía para pasar página. Pues, en suma, este rey que prohibió los carnavales, y acaso para desmentir el aserto de que su austera corte semejaba un convento, aquel año de gracia de 1577 celebró uno muy particular, en las estancias del Alcázar. Y es aquí, en fin, donde comienza nuestra historia.

Trescientos caballeros abren la comitiva por los Altos del Rebeque, a la luz de las antorchas. Cabalgan alazanes blindados en acero, pues el monarca ha dispuesto que en los patios del Alcázar se celebre una batalla de gala, en honor de la reciente jornada de «furia española» que aplastó a los herejes en Haarlem. Les sigue una procesión de carrozas donde sonríen, enmascaradas, las damas de calidad. Aunque no pasará de ahí, el populacho se aprieta contra las verjas. Saben que cuando acabe el banquete les arrojarán las sobras. Raspas de pescado, que anuncian la Pascua de Resurrección.

Ahora es el turno de la Carne que espolea la Marcha de Infantes mientras los caballeros se alinean en dos bandos. Uno presidido por el duque de Osuna. El otro por don Juan de Austria, cuya cara de niño sigue costándole el apodo de Jeromín. El apuesto bastardo, sin embargo, ha sido elevado al rango de héroe nacional tras el episodio de Lepanto. Bufones y meninas corren hacia los balcones. Saben que tras la contienda festiva comenzará la del amor. Así se dispone a perpetrar las peores locuras una selva de ninfas y faunos danzando en ronda. A todos les contempla, tras el ventanal de sus estancias, la sonrisa helada del monarca que gobierna sus territorios y su corte como una araña que vigila su tela desde el centro, el Rey Prudente.

Tres noches atrás se ha reunido con el círculo de alquimistas, astrólogos y espagíricos, que constituyen una suerte de gobierno en la sombra. Lo preside Ricardo Estainhurst, un flamenco maestro en el arte de consultar las estrellas. Junto a él, un saboyano que responde al nombre de Tibe-

rio Della Rocca, y un hebreo al que llaman Samuel Yehudá. Levanta acta su secretario, Pedro del Hoyo, quien ya asistió a su padre, el emperador Carlos. Precedido por la sombra de su bonete y sin alterar su compostura casi reptil, Felipe contempla la cripta prodigiosa, sus paredes arboladas de matraces en cuello de cigüeña y redomas donde flotan fetos humanos. Della Rocca acaba de trazar un círculo que abraza las figuras de un hombre y una mujer, luego un cuadrado, después un triángulo.

Ardían en silencio las preguntas en los ojos gris acero del monarca, cuando el flamenco al fin se arrancó a hablar:

—... Estos son, Majestad, los tres principios que guardan la piedra filosofal, y su príncipe, como sabéis, es el famoso Rebis, que en latín significa «cosa doble», también llamado *Splendor Solis*...

Felipe escrutaba el garabato afectado por una visible incomodidad.

—No entiendo nada, ni tengo tiempo que perder —protestó con voz pausada—. Habla en cristiano y cuéntame qué es lo que anuncian tus grimorios.

Della Rocca se le adelantó:

—Nuestro maestro quiere deciros que viene el Andrógino, Señor, ese ser híbrido de hombre y mujer que representa la unión del Sol y la Luna.

—Si ese andrógino es el mismo monstruo de dos sexos mentado por el griego Platón, mucho cuidado. Pues bien sé que Lucifer fue el primero de ellos.

Del Hoyo alzó su pluma del pliego donde venía escribiendo:

—Recordad, Majestad, que ángeles y arcángeles son asimismo seres andróginos. Igual que el Sacro Imperio es la manifestación masculina de Dios, y la Iglesia la plasmación femenina del principio de autoridad.

El monarca cada día soportaba menos a aquel pedante. Le cortó la retahíla:

—Por más que reboces lo que me cuentas, esto me huele a herejía.

Yehudá reprimió un escalofrío —tenía sus razones:

—Todos aquí somos rendidos devotos de la Virgen, Majestad... —el «marrano» tragó saliva antes de añadir—: La cual, como sabéis, ella sola llevó en su vientre al Cristo. Una equivalencia del Dos en Uno.

—... Y no es menos cierto que muchos emperadores de la antigua Roma en sus saturnales se disfrazaban de andróginos —siguió Del Hoyo—. Igual que el Juan Bautista pintado por el maestro Leonardo, que inspiró a Francisco, el rey de los franceses, a representarse más de una vez con atributos de mujer.

—A ese hideputa ni me lo mentéis, que de los franceses estoy más que harto.

—También él fue un gran alquimista, Majestad.

—¡Y un gran maricón, vive Dios! —Los ojos del monarca habían adquirido una intensidad sulfúrea—. Según se cuenta, el día de su boda salió a bailar con la cara empastada de afeites, todo él sobrado de flecos y chorreras rematadas con espejitos. Y encima meneando el culo. Tan bujarrón como su abuela.

—Puede que también lo fuera, pero no dudéis que él... entendía.

—¿Qué demonios es lo que entendía el hideputa? —Pocas personas podían ocultarle nada cuando les interrogaba y les miraba a la vez—. Decídmelo, si os atrevéis.

—... Que el Andrógino simboliza la unión de los contrarios, Señor. —Los ojos del secretario bizquearon—. La disolución del cuerpo y la coagulación del espíritu imprescindibles para conseguir la Obra Hermética.

Estainhurst salió en su ayuda:

—Recordad, Majestad, nuestra divisa: *Solve et coagula*, disuelve y coagula... Solo así lograremos aquello que tan encarecidamente nos solicitáis.

—Siete años lleváis prometiéndolo y no habéis conseguido nada más que ese homúnculo abortado, cuya sola vista asquea y espanta.

Se refería al cuerpo blancuzco que flotaba en una solución de formol, dentro de una retorta suspendida del techo por dos cadenas.

—Ahora es diferente, Alteza. El Andrógino que simboliza la consumación de la Gran Obra, aparecerá en vuestra corte en el plazo de tres lunas.

—O sea, en pleno carnaval, como una figura más de la mojiganga. —Ni un solo músculo de su rostro se movió. Únicamente su mirada de hielo se cruzó con los globulosos ojos del saboyano—. ¿Os burláis de mí?

—Siempre es así la envoltura del misterio, Señor —volvió a intervenir, aun más cauto, el flamenco—. La filosofía profunda se disfraza de farsa como la celebración de la carne, el puro gozo, es la antesala de la sublime transmutación. Eso es lo que anuncia el Andrógino que viene.

Una carreta cargada de madera pasó por el otro lado de los muros y el estrépito ahogó la conversación. Felipe los escrutaba a media luz.

—Habláis mucho, pero no decís nada... Nada más que imaginaciones. Poned de una vez rostro y nombre a vuestros pronósticos. ¿Quién es ese andrógino misterioso? ¿De dónde viene, de quién se trata?

Del Hoyo, cada vez más aturullado, volvió a bizquear:

—Los arcanos no nos han revelado su nombre todavía, Majestad, pero ayer noche, cuando vertí un celemín de agua vulneraria sobre el infalible tratado del gran Artephius, apareció la imagen de ese ser unificado, poseedor de la eterna juventud y la divina belleza.

—Decidme ahora que ese arcángel andrógino, se llame como se llame, viene con el código que tanto me quita el sueño.

—No, eso no... No viene con el código, pero lleva marcada en su mano la estrella que nos conducirá a él.

—Espero que no sea la de David, maese Yehudá. No quiero en mi reino más matacristos fuera de los imprescindibles.

El hebreo se obligó a sostenerle la mirada:

—De él solo sabemos que viene del sur, aunque ya vive en este Madrid que, como sabéis, simboliza la Matriz.

—La matriz, el matraz... y vuestros hígados en agraz —replicó el monarca, orgulloso de su tenebroso ingenio—. Más os vale que acertéis. Porque si esta vez no dais en el clavo, serán vuestras carnes las que catarán el horno de fusión, hasta que os hagáis santos, igual que san Lorenzo en su parrilla.

—Contad tres días, Majestad. —Della Rocca tocó madera para disimular la tensión—. Ni uno más ni uno menos. Si no acertamos en nuestros pronósticos, mereceremos ser convertidos en polvo.

Una vocecilla atiplada, la de Del Hoyo, se colgó de esa sentencia:

—Entiéndase que en polvo filosofal...

—Entonces, por si acaso, primero os haré empalar.

—Ni aquí ni en el quemadero mudará nuestra leal opinión, Majestad. Esto que os contamos es lo que han dicho las estrellas.

Y con estas palabras se inclinó el maestro de su gabinete de alquimistas, como quien dice: «He dicho, excelencia».

En el ceño de Felipe se marcó un pliegue aún más profundo, dio con el pie al escabel donde lo apoyaba, y se encaminó hacia la puerta seguido por Jehan Lhermite, su ayuda de cámara:

—¿Has oído a esos mastuerzos? Me prometen un ser unificado, un híbrido de hombre y mujer poseedor de la eterna juventud y la divina belleza —siempre desconfiado, el monarca no continuó hasta que dejaron atrás las criptas del Alcázar—. Más les vale que su mirlo blanco no sea un sodomita fugado del corral de la Pacheca. Si es así, a ese

gallipavo lo haré servir a *la broche* en medio de la fiesta. Y esos charlatanes serán la guarnición.

—Dudo mucho que sea el caso, Señor. —Lhermite enarcó las cejas—: El remedio a los males de la corte no es cosa de farsa ni de teatro.

—¿Sabe algo de esto la Hembra?

—Ni ella ni el Bastardo, Majestad. Y mucho menos el Verdinegro.

—Bien, así está mejor —el monarca plegó su boca en una sonrisa complacida—. Nos jugamos mucho en esto, Jehan. La salud del reino, nada menos.

—Y la de Vuestra Persona, Majestad, si me permitís apuntarlo.

A eso, Felipe ya no respondió. Se pasó la mano por los ojos, como si le molestara la luz del Salón de los Espejos, y disimuló la cojera que comenzaba a estorbarle el paso. Con medio siglo a su espalda y todas las cicatrices de sus batallas agravándole la conciencia, ya no podía ocultar lo demarcado de su semblante. Además del asma congénita, sufría de artritis, hidropesía, cálculos biliares y ataques de gota tan agudos que fue necesario construirle una silla de manos articulada, pues ya apenas podía montar a caballo. No era nada de eso, sin embargo, lo que le movía a acuciar a sus alquimistas. ¿Qué esperaba de ellos? Desde luego, nada parecido a ese grotesco Andrógino que, según sus ensalmos, habría de materializarse con el carnaval. Le inquietaba sobremanera que pudieran enterarse los espías que el Bastardo —su hermanastro, don Juan de Austria—, tenía emplazados por todos los mentideros de Madrid. Dos nombres más habían resonado en aquella conversación. ¿A quién se refería cuando pronunciaba la Hembra con esa mezcla de cautela y desdén? ¿Qué rostro de intriga o de pesadilla se encubría tras la máscara del Verdinegro?

Cómplice del enigma, una luna quebrada se ocultó entre los celajes mientras Felipe entraba en la alcoba de su esposa. La etérea Anna de Austria sostenía dos vestidos —

uno de Desdémona, el otro de Pandora— preguntándose cuál encontraría su señor más cristiano para los fastos de carnestolendas.

En un destartalado palacio cerca del Hospital de la Latina, donde los estudiantes practicaban en secreto la disección de cadáveres, dos gentilhombres con cara de difuntos parecían cuidarse bien poco del baile de máscaras pregonado en el Alcázar. La habitación rezumaba vapores de vino y tabaco mezclados con un atosigante perfume almizclado. Una cama de dosel guardaba su misterio entre tupidos cortinajes. Frente a ella, un bargueño veneciano, un velador oval sosteniendo una bandeja con restos de un asado pringoso y cinco frascas de vino, tres volcadas y dos demediadas. Resultaba obvio que la noche había sido generosamente consagrada al desenfreno por parte del señor del lugar.

Y este parecía ser el hidalgo de nariz prominente que, derrumbado sobre un sillón frailuno, bostezaba hasta desencajarse la mandíbula. En camisa, las mangas tintadas de vino, se limitaba a balancear su pierna derecha sobre uno de los brazos del sillón. El joven sentado en la butaca contigua remedaba su más acabado antípoda. La espalda recta, la cabeza despejada, su chambergo en la mano, se diría un visitante madrugador que hubiese dedicado la noche a la meditación.

—Perra vida esta... —sus titubeos se rompieron con esa exclamación, que pronunció mirando a ninguna parte—. No sabes qué hartito estoy de componer versos y gracias. Llevo ya tres años aquí y no dejo de ser un advenedizo, un provinciano, un don nadie.

El otro aprovechó la pausa para apurar un trago:
—¿A quién se lo dices, muchacho...?